

RESEÑAS

Fernando Alegría. *Poesía chilena en el siglo XX*. Ediciones LAR, Concepción, Chile, 2007.

Sin perder la brújula bajo el canto de sirenas de obnubilantes nacionalismos, es claro ver a Chile como un espacio pródigo en poetas, algunos de los cuales figuran entre los más reconocidos de la literatura latinoamericana. Fernando Alegría escribe: “Si los poetas chilenos de pronto levantarán el vuelo, se ha dicho, oscurecerán el sol. Tantos y tan poderosos son” (230). Pablo Neruda y Gabriela Mistral ganaron el Nobel; Vicente Huidobro y Pablo de Rokha están en los fundamentos de la aventura vanguardista en español; la antipoesía de Nicanor Parra y Gonzalo Rojas, y la poesía popular de la canción de Violeta Parra son dos caras de una nueva poesía antiburguesa de amplias repercusiones; la radical y honda poesía autodeconstructiva de Enrique Lihn; los nombres y poemas de Pedro Lastra, Jorge Teillier, Oscar Hahn, Gonzalo Millán y Raúl Zurita, entre otros, pasan hoy, como diría el poeta peruano Juan Gonzalo Rose, de mano en mano.

Pero la poesía chilena es mucho más, en horizonte de verticalidad, y hay muchas más voces antes, en medio y después. De eso trata *Poesía chilena en el siglo XX*, el libro póstumo de Fernando Alegría (1918-2005), prolífico poeta, narrador y ensayista chileno, quien fuera catedrático en las universidades de Berkeley y Stanford, y agregado cultural de la embajada de Chile en Washington.

Poesía chilena en el siglo XX es testimonio del rigor y la aventura de toda una vida dedicada a las lecturas y relecturas, escrituras y reanotaciones, de una pasión por la palabra poética, y por una geografía nacional y un territorio poético revisitados y nunca finales, como la poesía en su propio renovarse, pedazo de boca sangrante o sonriente tratando de recomodar la calavera.

Las más de 400 páginas de este libro imprescindible, como señala el catedrático e historiador Carlos López Urrutia en el prólogo A, fueron comenzadas 40 años antes. El mismo ayudó a que esta obra fuera publicada, junto con el empresario Jacobo Ratinoﬀ -cuya fundación financió el libro- y con la colaboración de Juan Armando Epple, catedrático de la Universidad de Oregon, quien además de

revisar originales completó los textos inconclusos. De este último se incluye un prólogo B, que explicita en general el proyecto, y lo esquematiza como “valoración individual [de 76 poetas] destacando sus vínculos y relaciones con la tradición precedente. Los periodos de rupturas, más que por la voluntad de transgresión estética que declaran, parecen explicarse aquí como una contienda filial” (12). Se trata entonces de la construcción de una gran familia chilena poetizada.

De hecho, el libro se organiza cronológicamente, como estampas biográficas con apuntes poéticos, citas de poemas y críticas, muchas veces impresionistas, aunque frecuentemente avaladas por otras citas críticas, y más de una vez, Alegría sintetiza de modo sorprendente las redes de familia, las filiaciones, afiliaciones y rechazos de esa red poética nacional. Aun así, es extraordinario el panorama e información actualizados sobre la poesía y devenir histórico chileno que Alegría, desde el exilio político (fue parte del gobierno del presidente Allende), trasunta en este compendio breve y enciclopédico de la poesía chilena del siglo XX.

Si algo habría que matizar en la recomendación obligatoria del texto como parte necesaria de historias de la poesía latinoamericana, es su aire casi irrespirable de nacionalismo como familia encerrada, donde se pulen diferencias internas y se autoexcluye la nación como una isla que finalmente hace honor al verso más famoso de Fernando Alegría: “Viva Chile M”. Pero sería injusto criticar a este libro porque de entrada proponga que el modernismo nació en Chile, que la vanguardia real en español sea chilena, etcétera -y hay muchos etcéteras en la misma búsqueda del ombligo, véase por ejemplo el ojo-ombligo-Atacama de Zurita: la autoimpuesta ceguera. Lo más valioso de este libro es exactamente lo que escapa a su red filial, lo que anuncia y denuncia, su exceso. Lo que Fernando Alegría nos lega es una historia poética donde los individuos cuentan, incluso si sus poéticas discutan la individualidad, y aunque se ancle en un nacionalismo chileno, tal vez corto de miras, nos propone lecturas para reencontrarnos o reperdernos, para repensar estar en este mundo, o hacer otro.

Andrés Xavier Echarri
University of West Georgia